La biblioteca
de los corazones prestados

Lucy Gilmore

La biblioteca de los corazones prestados

Traducción de Genís Monraba

Duomo ediciones
Barcelona, 2025

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

CHLOE

Encontré el libro detrás de una caja llena de piezas oxidadas de fontanería. La desgastada tela verde de la cubierta estaba mordida por los ácaros y la humedad. Además, las páginas no estaban bien sujetas y las esquinas estaban estropeadas. A primera vista, parecía más bien un chisme sacado de un contenedor o un desecho radiactivo.

Evidentemente, lo cogí.

Por el momento, era el único libro que pensaba rescatar del oscuro almacén del sótano, donde había pasado la mayor parte de la semana anterior limpiando lo que mi jefe denominaba «el vertedero». Durante décadas, la Biblioteca Pública de Colville había acumulado montones de libros viejos y anticuados en estos corredores subterráneos. Aunque muchos de ellos acababan en las cestas de los libros más prestados de la biblioteca, con el paso de los años, las pilas seguían creciendo ininterrumpidamente.

La gente ya no acumulaba libros como antaño. Y menos ese tipo de libros que no gozaban del beneplácito de la novedad.

«¡Qué insensatos!».

Al pasar la mano por la cubierta del libro, con los dedos resiguiendo las letras del título, experimenté un ligero vértigo. A pesar de que no ejercía propiamente como bibliotecaria (necesitas un título para ello), era una empleada; una realmente buena. Algunos días, trabajaba en la conserjería. Otros, en el mostrador. Pero esta semana, mi única responsabilidad era hacer ese trabajo que nadie más tenía el arrojo de hacer: jubilar los libros de los últimos cincuenta años.

Adiós a las novelas románticas con los mechones desteñidos de Fabio. Adiós a las guías de autoayuda mal envejecidas y llenas de consejos que avergüenzan al cuerpo. Adiós a los libros de cocina que estaban más obsesionados con las gelatinas de lo que el sistema digestivo moderno es capaz de soportar.

No se me daba nada mal. Siempre había destacado haciendo el trabajo sucio que nadie más quería hacer. Si hubiera nacido en una ciudad glamurosa o hubiera gozado de contactos en las altas esferas, seguramente se me conocería como la «última esperanza». Sin embargo, como vivía en una ciudad de cinco mil habitantes, a una hora en coche de la frontera con Canadá, en medio de los bosques del estado de Washington, en realidad, era... ¿Qué era?

¿Una mujer de la limpieza? ¿La chica de los recados? ¿Una becaria que tenía que hacer lo que le mandaran o se arriesgaba a perder lo más parecido a un trabajo de bibliotecaria que jamás conseguiría?

De acuerdo, tal vez, me estaba poniendo demasiado dramática, pero me dolía la espalda de subir y bajar todas esas estúpidas cajas por las escaleras. Además, tenía telarañas en el pelo y me había cortado tantas veces con las páginas que mis manos parecían sacadas de una película de terror. El drama era lo único que me mantenía en marcha.

—«No tengo dinero, ni recursos, ni esperanzas —leí en voz

alta después de abrir la cubierta y echar un vistazo a las primeras líneas—. Soy el hombre más feliz del mundo».

Sabía lo que sucedería si seguía pasando las páginas. Aunque en mi pequeño pueblo de Washington no era más que una simple trabajadora (o, tal vez, precisamente por eso), pasaba la mayor parte de mi tiempo libre entre las páginas de un libro. A menos que te apasionaran la caza o la pesca, no había mucho más que hacer por aquí. Trabajaba y cuidaba de mi familia, y me encargaba de las tareas que nadie más quería hacer.

Y leía. Siempre estaba leyendo.

Por eso me reí entre dientes y metí el libro en mi bolso, donde nadie pudiera encontrarlo. *Trópico de Cáncer* no era el tipo de novela que uno quisiera dejar en la sala de descanso, especialmente en la nuestra, donde la nevera estaba llena de comidas caseras en táperes y el tablón de anuncios estaba lleno de coloridos recordatorios sobre las reuniones de oración. Si uno de mis compañeros abriera el libro y empezara a contar el número de veces que aparecían las palabras «pinchazo», «rosal» o (perdón, censores literarios) «coño», probablemente me acusaran de atentado contra la moral.

Era ese tipo de lugar de trabajo y era ese tipo de libro. De hecho, *Trópico de Cáncer* era famoso por haber estado prohibido en Estados Unidos durante décadas después de su publicación. No tenía ni idea de cuándo o cómo la Biblioteca de Colville había conseguido un ejemplar, pero entendía por qué alguien lo había ocultado en el sótano. En los años cincuenta y sesenta, la gente había ido literalmente a la cárcel por culpa de este libro.

—Hola, Chloe.

Una cabeza asomó por la puerta del sótano. Era mi compañera Pepper, la conductora del autobús de la biblioteca y la única persona a la que confiaría mi tesoro ilícito.

—Gunderson dice que puedes tomarte un respiro. No te hará tirar más libros hasta que recojas la basura. Por lo visto, estamos a punto de convertirnos en un posible foco de incendio.

Suspiré aliviada y me sacudí el polvo de las manos en los tejanos. Normalmente, no vestía tan informal, pero, como he dicho, esa semana tenía el deber de limpiar el sótano. También me había recogido el pelo con un pañuelo y me había anudado una camiseta extragrande en la cintura.

No era un atuendo demasiado sofisticado, pero, de todas formas, tampoco era ese mi estilo.

—Creo que el departamento de bomberos debería estar más preocupado por el caos que reina aquí abajo —dije, golpeando una de las polvorientas cajas—. Tal vez no pueden hacer frente a dos puntos calientes al mismo tiempo.

Pepper se encogió de hombros.

—Yo no hago las reglas. Solo las acato —respondió, moviendo la cabeza hacia una de las cajas repletas de libros descartados—. Al menos, la mayor parte del tiempo. Por cierto, ¿qué pretendes hacer con estas joyas?

—Tirarlas, como todas las demás. Por mucho que me duela tirar todos estos libros, tengo órdenes estrictas de que ninguno de ellos se salve de la criba.

—¿Te importa si me llevo alguno? Mi abuela está obsesionada con todas estas viejas glorias. Sigo diciéndole que hay romances mucho más interesantes hoy en día, pero a ella le gusta cómo huelen estos.

Conocía a la abuela de Pepper desde siempre, así que podía hacer la vista gorda. Lonnie Pakootas era una mujer a la antigua usanza: seguía las reglas cuando le convenía y las desafiaba cuando no. Pepper era igual, aunque no me permitía decirlo en público. Una vez intenté señalar sus similitudes (más allá de sus grandes ojos castaños, su cabello negro increíblemente

largo y su risa alegre que podía ahuyentar incluso los pensamientos más oscuros), pero Pepper se negó a hablarme durante una semana. Las mujeres Pakootas valoraban su singularidad, ¡y menuda suerte le esperaba a quien dijera lo contrario!

—Me encantaría reciclar algunos de estos pobres rechazados, pero antes tendremos que sacarlos a hurtadillas —dije—. Ya sabes lo raro que se pone Gunderson cuando no respetamos el protocolo de la biblioteca.

Pepper bajó la voz, imitando perfectamente el tono congestionado y nasal de Gunderson.

—Un empleado de la Biblioteca Pública de Colville es un líder comunitario, un modelo de decoro y dignidad —dijo. Incluso consiguió fruncir los labios como si luciera el mismo bigote que Gunderson llevaba dos meses intentando dejarse crecer—. No nos pueden pillar haciendo contrabando de libros por las calles.

—Hablando de contrabando —añadí, sacando de mi bolso el ejemplar de *Trópico de Cáncer*—. Echa un vistazo a este rebelde.

Pepper miró el libro con curiosidad antes de abrirlo por una página al azar.

—«Está a punto de marcharse, cuando advierte de pronto que su pene está tirado en la acera. Tiene el tamaño aproximado de un palo de escoba cortado. Lo recoge imperturbable y se lo pone bajo el brazo».

Pepper hizo una mueca con los labios mientras leía en voz alta.

—¿Qué demonios es esto, Chloe?

No pude evitar sonreír por debajo de la nariz.

—Lo sé. Es un libro tremendo. Pero, precisamente, es superconocido por eso. Durante más de cincuenta años, era imposible hacerse con un ejemplar. No estaba en ninguna libre-

ría y, evidentemente, tampoco podías tomarlo prestado en una biblioteca.

Me di cuenta de que empezaba a poner atención.

—¿Y lo has encontrado aquí? —preguntó—. ¿En el sótano?

—Sí.

Volví a coger el libro y lo abrí por la última página. Golpeé con el dedo la letra pequeña: «Imprenta de México, 1940».

—Si no me equivoco, este es uno de los ejemplares clandestinos que circulaban durante la época dorada del libro. Una empresa llamada Medusa Publishing los imprimía en México y luego los traía de contrabando. Incluso en este estado, este libro probablemente vale mil dólares.

—Vaya. —Pepper asintió como si eso tuviera sentido. Lo cual, considerando lo mucho que sabía de mi vida, era cierto—. Eso te vendría tremendamente bien. ¿Tejado nuevo?

—Tal vez para un anticipo, si tengo suerte. O puede que tire la casa por la ventana y compre un lavavajillas. —Intenté no pensar demasiado en la posibilidad de semejante lujo. No tenía por qué hacerme demasiadas ilusiones—. Tendré que esperar a saber cuánto vale esta pequeña joya... Oh, mierda. No importa.

—¿Qué pasa?

Tanto mi expresión como mi ánimo decayeron al ver una nota garabateada en el margen al final del libro. A pesar de todas sus obscenidades, *Trópico de Cáncer* termina con una nota sorprendentemente dulce: «Se pone el sol. Siento que este río corre por mis entrañas: su pasado, su antiguo suelo, el clima cambiante. Los cerros lo circundan suavemente: su curso es inmutable».

Justo ahí, con una caligrafía temblorosa, pude distinguir un mensaje que algún lector de hace mucho tiempo había dejado.

Buena idea. Te veré en nuestro río cuando se ponga el sol.

Y con otra letra, mucho más florida, había otro mensaje:

¿Cuando se ponga el sol? Pero yo creía que The Sun Also Rises…

No. Nada más de Hemingway. Me lo prometiste.

—Eso es adorable —dijo Pepper, leyendo por encima de mi hombro—. Alguien dejó notas.

—No es adorable. —Cerré la tapa del libro con un golpe—. Eso reducirá el precio de venta al menos a la mitad. ¿Es que nadie respeta la propiedad de la biblioteca?

—¿Me lo preguntas a mí, que estoy a punto de sacar de contrabando una caja de novelas románticas de hace treinta años para mi abuela?

—Tienes razón. —Guardé el libro en mi bolso. Medio tesoro era mejor que nada.

—Entonces, ¿cómo quieres hacerlo? —preguntó Pepper—. Si Gunderson se entera, es tu trabajo el que está en juego. No puede deshacerse de mí. Soy la única que sabe manejar el embrague del autobús.

Imaginé distintos escenarios en mi mente hasta dar con el más sencillo.

—Será mejor que yo lleve la caja afuera como si la estuviera añadiendo a la pila de atrás —dije—. Solo necesitas mantener a Gunderson distraído el tiempo suficiente para que yo pueda meterla debajo del asiento del pasajero del autobús. Luego, puedes dejarla donde quieras durante tu ronda de mañana.

Pepper hizo una mueca.

—Eso es decepcionante. ¿Nada de activar la alarma de incendios? ¿Ni entregas secretas en la sala de descanso? Se suponía que eras astuta y con recursos.

Tenía toda la razón. Era astuta e ingeniosa, pero porque no tenía más remedio. La necesidad puede llevar a una persona a hacer cosas insólitas. A veces, significaba ponerse un pañuelo en la cabeza e inhalar las toxinas de un sótano en aras de un sueldo. Otras, implicaba el robo insignificante de tesoros antiguos y deteriorados que, de todos modos, acabarían en la basura.

—Es una caja de libros polvorientos, no un Kandinski —dije—. ¿Quieres mi ayuda o no?

—Si esa es tu forma de pasarlo bien, de acuerdo.

Pepper puso los ojos en blanco de una forma exagerada, así que interpreté que lo había entendido. Lo bueno de Pepper era que me entendía. Sabía que necesitaba el dinero de la venta de aquel libro estropeado más de lo que admitiría nunca y que estaba dispuesta a traficar con libros desvencijados si eso significaba poder mantener un techo sobre la cabeza de mi familia un día más.

Además, también sabía que, si había una persona con la que podía contar para que la ayudara a superar cualquier problema, esa era yo: Chloe Sampson.

La última esperanza, la chica de los recados, la becaria.

Y, al parecer, la nueva y orgullosa propietaria de un ejemplar clandestino de *Trópico de Cáncer.*